

Una entrevistadora

Eugenia Meyer

[...] confieso que apenas se enciende la grabadora, siento miedo [...] La conversación es un género volátil. Las palabras son aire y se las lleva el aire. Al caer en la cinta magnética, les cortamos las alas. Se vuelven irrevocables. Me dirás que hablada o escrita, la palabra siempre es irrevocable. Lo es cierto. Para que la palabra hablada sea irrevocable, debemos empeñarla. O sea: atarla, detenerla. En cambio, la palabra escrita está destinada a permanecer, aunque su duración sea mínima [...]. La palabra hablada es *ahora y aquí*, una conjunción de voces en un lugar [...]

Octavio Paz.¹

Al sopesar los trabajos y los días, el historiador asume que hay una permanente lucha por encontrar y entender los procesos, con sus diversas verdades. Estamos dispuestos a hurgar, escarbar en el pasado para descubrir, cuando no a inventar lo que sucedió, de manera que logremos comprender el pasado. Eso es lo que nos lleva, con cierta ambición y cierta codicia, a buscar nuevas vías para acceder a una información hasta ahora no conocida, o bien oculta por el paso del tiempo, por la negligencia o la intención expresa de ciertos grupos o ideologías dominantes. Así es quizá como buena parte de nosotros, interesados en la historia contemporánea y el tiempo presen-

te, llegamos al rescate del testimonio, a las historias de vida, para integrarlos a las otras fuentes tradicionales que dan sustento a la tarea hermenéutica.

El revisionismo o la negación o la tergiversación de los hechos por razones políticas aparecen de tiempo en tiempo y complican nuestra labor. Sin embargo, el gran debate de la historia y del historiador es la cuestión de la *verdad*, no en el sentido de descubrirla, obtenerla o apresarla, sino de ser capaces de permitirnos la libertad de interpretarla en formas diversas.

Esto es, las fuentes se tornan piezas de un rompecabezas que debemos unir hasta construir un universo que nos permita entender el qué y el cómo pasó, para finalmente explicarlos a los otros. Por ello debemos aceptar que la verdad que al parecer transmiten los testigos presenciales, no es igual a la que nos proporciona el documento y, por ende, tampoco lo es la verdad de los textos publicados. Se trata entonces de reconocer las diferentes verdades para de ahí construir las historias que resulten comprensibles, ergo *humanas*. Se trata finalmente de la insatisfacción y la necesidad de buscar nuevos elementos con los que tenemos que trabajar.

Aceptar que la historia está siempre en construcción. De eso se trata el quehacer histórico: ante la sensación de un

1. Fragmento de «Poesía, pintura, música, etcétera», *Vuelta*, núm. 155, octubre de 1989, p. 14. En *Obras completas de Octavio Paz*, Tomo XV, *Miscelánea III. Entrevistas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

enorme vacío que obliga a seguir buscando diversos vestigios en el pasado y considerar, por sobre todo, a los protagonistas anónimos de los procesos, aquellos que difícilmente legan su experiencia en forma escrita, encontramos que incluso muchos de ellos no cuentan con acervos documentales, con esos papeles que le dan en ocasiones validez y certidumbre a su propia historia. La suya puede ser, simplemente, la historia ordinaria de una vida en tiempos y circunstancias específicas, perdida entre tantas otras, que espera ser rescatada y revalorada, para recuperar con ello los *sitios de la memoria*, a los que hace referencia Pierre Nora.²

Sin duda, el historiador percibe el tiempo como la línea de la cual suspender, o en la cual apoyar sus ideas e interpretaciones. Tiempo pasado, tiempo presente que determinan la mirada de los compases futuros y, sobre todo, la proyección que queremos darle al análisis de los procesos en los que sustentamos nuestro oficio.

Como bien lo plantea Paul Ricœur, todos los acercamientos filosóficos a la percepción del tiempo han fallado y sólo es posible entender la temporalidad a partir del relato de nuestras vidas. Resulta pues importante que tanto la narrativa individual como la colectiva tengan amarras sólidas con las circunstancias y los hechos, a fin de que cada individuo se observe dentro de la sociedad y del acontecer que le es propio y próximo, para comprender mejor lo que sucedió y entender su actitud y desempeño. En este proceso esencial el historiador se torna

en cómplice y estimula la memoria, el relato y los juicios de valor que expresa el sujeto narrador.

Cuando en 1903 François Simiand publicó su *Méthode historique et science sociale* pretendía lanzar un desafío a los historiadores, al insistir en que abandonarían sus ropajes y oropeles y por el contrario se lanzarían a la renovación del oficio, dejando de lado los tres ídolos que les daban sustento: el ídolo político, el ídolo individual y el ídolo cronológico.

El debate continuó por décadas y sería revitalizado por Fernand Braudel, quien en 1958 —casi diez años después de que apareciera el significativo artículo de Claude Lévi-Strauss en *Histoire et Technologie*, en el cual se pronuncia a favor de la vocación hegemónica de la antropología social, dando con ello sustento al estructuralismo—, vuelve a la carga y, esgrimiendo los principios de los *Annales*,³ se lanza a una larga y significativa polémica, argumentando que la antropología tiene por objetivo estudiar las sociedades frías en un tiempo inmóvil, mientras que el historiador recupera el sentido de la larga duración histórica como lenguaje común a todas las ciencias sociales, pero siempre bajo la mirada tutelar del historiador. Años después, en la década de los sesenta, los historiadores de la *deconstrucción* irán más allá, con su arqueología del saber, descartando la noción del tiempo y de la totalidad histórica.

Tengo, como le sucede a muchos colegas, experiencias personales que dan cuenta de situaciones específicas: el caso del galeno reconocido que aceptó, con

2. Pierre Nora, (Director), *Les lieux de mémoire*. París, Gallimard, 1984.

3. Fernand Braudel, «Histoire et sciences sociales: la longue durée», *Écrits sur l'histoire*, París, Éditions Flammarion, 1988, ps. 41-83.

cierto protagonismo, ser entrevistado para un proyecto sobre la historia de la medicina en México, con lo cual inicié una peculiar experiencia de complicidades y empatías. Pronto perdí todo recato ante los imperativos de la imparcialidad y la eliminación de transferencias y sin remedio me convertí en su defensora irrestricta.

A lo largo del tiempo se fueron tejiendo relaciones más allá de lo meramente profesionales, dando paso a que el protagonista de esa historia singular se esforzara por recordar su pasado, dejando de lado la versión «oficial» e idílica que había hecho de su vida, la de él y de los otros, para insistir en llevar a cabo una verdadera confesión, al retomar cuestiones delicadas e incisivas y generar emociones diversas que muchas veces lo llevaron del llanto al sarcasmo, de la tristeza a la euforia, para finalmente, luego de veinticinco sesiones de grabación a lo largo de seis meses, reunir una voluminosa información que muchos años después de su muerte se publicó como una autobiografía.⁴

La vivencia particular no terminó con el fin de su relato y de las grabaciones. Insistió en mantener la relación so pretexto de que él, por un problema ocular, estaba impedido de leer la transcripción resultante y por ende lo tuve que hacer yo. Gradualmente, recibí nuevos comentarios que enriquecieron la información. El tiempo me ha hecho reflexionar en la importancia que tuvo el estímulo de la cotidianidad y de la relación personal. Pude entender al hombre y, sobre todo, lograr de él una confianza irrestricta.

Este asunto de la comunicación, más allá del trabajo de rescate testimonial, tiene diversas aristas. De hecho resulta difícil establecer reglas al respecto, es cuestión de «tocar de oído», de acuerdo con cada individuo y cada circunstancia. Otro ejemplo: al realizar un proyecto sobre educación en el México de los años treinta y la llamada educación socialista, me topé un día con un excelente informante que tenía buena memoria y sobre todo una muy organizada estructura mental. Durante semanas y semanas trabajamos sobre sus vivencias como estudiante de la Escuela Normal Superior en la época del gobierno cardenista (1934-1940).

Todo se desarrollaba con fluidez hasta que llegábamos a las actividades y programas de estudio. Una y otra vez me «recitaba» sus horarios, las materias que cursaba, etcétera y siempre percibí un hueco o un salto. No hubo forma de cubrirlo. Al concluir las grabaciones, el profesor me invitó a un almuerzo, toda vez que siempre me había negado a socializar con él y su familia, en aras de mantener la necesaria distancia para no contaminar su narrativa. Fue en ese convite cuando él, muy generosamente y ya sin posible registro, me «confesó» que siempre se dio cuenta de mi insistencia y delicadeza por recuperar la información para llenar ese espacio desconocido, que no cayó en mi «seducción» y sin embargo, ahora que éramos amigos, me daría la información faltante, misma que no cabría en la transcripción.

Si bien es cierto que cumplí con la ética que impone no modificar el testimo-

4. Raoul Fournier, médico humanista. *Conversaciones con Eugenia Meyer*, México, UNAM-Academia Nacional de Medicina, 1995.

nio, dicha información me abrió un panorama totalmente diferente de la formación de futuros maestros durante esos años álgidos de la reconquista de la Revolución mexicana.

En este caso, la memoria del sujeto histórico se transmite luego del tamiz que él ha hecho de sus recuerdos y del proceso al que está sujeto al *socializar* sus recuerdos e integrarlos a la memoria colectiva e incluso oficial del proceso que le tocó vivir.

No hay sorpresa o reprobación ante lo que escuchamos, sino empatía, con lo cual quien está contando su vida, puede entenderla incluso de manera diferente y finalmente también asimilarla con ecuanimidad. Desde que expresa satisfacción porque atendemos su historia, o porque nos interesamos en ella hasta la complacencia de pensarse, el sujeto, merecedor de la atención de los otros, de la credibilidad del historiador y del hecho mismo de asumir que luego de relatarla «bien ha valido la pena vivirla», o como sucede con frecuencia, cuando alguien revisa su testimonio, *descubre* valores en su vida y en su forma de actuar durante diferentes circunstancias que lo reconcilian con su pasado.

Y si bien es cierto que tiempo y espacio son los factores que determinan y nutren en esencia la tarea del historiador, también lo es que el rescate de la memoria, las formas y sutilezas que la conforman y la convierten en la fuente primigenia del acontecer se tornan en el compromiso fundamental del historiador.

Al pensar en la memoria, de inmediato se trae a colación el olvido, las formas

en que éste se da, los abusos a los cuales nos habituamos y, sobre todo, lo que permite filtrar, preservar o construir como parte de la memoria.

Intelectuales de todos los tiempos han reflexionado sobre la memoria y el olvido como actividades propias del quehacer humano. Desde Sócrates, Platón o Aristóteles, ha habido un empeño constante por mantener ese ejercicio mnemotécnico.

Se trata entonces de hacer un esfuerzo permanente por mantener vivo el recuerdo, para así contribuir a nutrir la razón de ser de muchas personas que han vivido circunstancias y episodios traumáticos. En buena parte de ellos, las propias víctimas, luego de la catarsis del sufrimiento y el dolor, se sobreponen e insisten en que se puede perdonar, pero no olvidar.

Es decir, al paso del tiempo el recuerdo toma dimensiones diversas y se establecen valores que de manera imperativa reconocen que para la historia no existen los puntos finales.

En la década de los sesenta del siglo pasado Frances A. Yates, con su *Art of Memory*,⁵ se volvió pionera de la recuperación del interés por la memoria y sus implicaciones, desde los oradores griegos, pasando por las expresiones góticas de la Edad Media hasta llegar al Renacimiento. Este esfuerzo marcaría un punto de partida en la atención siempre creciente sobre la cuestión.

La historia contemporánea tiene algunos hitos, como son la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto o Shoah. Ahí se inserta el trascendente legado que Maurice Halbwachs⁶ hizo sobre la memoria, la forma espléndida en que clasificó a la me-

5. Frances A. Yates, *The Art of Memory*, Chicago, The University of Chicago Press, 1966.

6. Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, Paris, PUF, 1950.

moria colectiva y sus parámetros sociales hasta lograr la articulación de la memoria histórica, así como la experiencia de los marcos sociales, la pluralidad de los tiempos y la diferenciación entre el tiempo cuantitativo y el tiempo cualitativo que nutre hoy día de manera puntual el trabajo propiamente histórico.

¿Y por qué me ocupo del recuerdo?, porque en realidad, y como advertiera el autor francés, el sujeto nunca recuerda solo, porque nunca estamos solos. A ello habría que contraponer la persistente expresión de poetas y psicólogos: nacemos y morimos solos, porque siempre, en el interior, en lo más profundo, estamos solos. No por ello podemos desconocer o ignorar que hay formas diversas de memoria, sea individual, social, colectiva, o bien una memoria cultural y otra que se ha dado en llamar comunicativa.

Hay una coherencia de los recuerdos que fundamenta la unidad interna de la conciencia en los diarios, las crónicas, las autobiografías, las biografías. De una u otra forma las diferentes expresiones de la memoria le dan un sentido particular que asegura su supervivencia. Así, la escritura se convierte en un monumento que entierra, en una osamenta que se torna en sello y signo de un tiempo. Se subraya entonces la necesidad de escribir memorias o *sobre* las memorias.

Y si para recordar el sujeto debe recorrer su memoria en la compañía de otro, corresponde al historiador precisamente la tarea de estimular esa memoria, por dolorosa que sea en ocasiones, para así lograr «revivir» la experiencia, acabar con los tabúes y la autocensura y

liberarnos del yugo de tratar de olvidar o al menos relegar o marginar experiencias dolorosas.

Hace ya casi tres décadas tuve la oportunidad de entrevistar a una mujer⁷ que había vivido la experiencia de la dictadura en Cuba y que, por diversos motivos, se afilió e involucró con la lucha revolucionaria, y en consecuencia fue apresada y brutalmente torturada por la policía de Batista. Si bien yo sabía de los hechos, no me había atrevido a preguntar concretamente por lo sucedido. Un día, recuerdo que era muy de mañana, esta maravillosa mujer, con gran apertura empezó, así, casi con naturalidad y sin dolor, a deshebrar la madeja compacta de su memoria y relatar con todo detalle la experiencia dramática y siempre dolorosa de su experiencia. Concluyó tranquila, tal y como empezó, mientras que yo quedé absolutamente devastada y muda y opté por suspender la sesión.

Esa tarde tuve presente la narración sin recovecos, sin concesiones que había hecho esta mujer. Comprendí el valor de narrar ese pasado, tan celosamente guardado por tanto tiempo, y la enorme y compleja tarea que ella había tenido que hacer para elaborar la experiencia, transformarla en un relato del cual, se desprendía al compartirlo. Finalmente esos recuerdos habían dejado de pertenecerle, de ser suyos, porque habían sido elaborados y estaba en capacidad de «desprenderse» de ellos, liberarse del pasado.

Al día siguiente, cuando nos reunimos para continuar con las sesiones de grabación, la encontré extraordinariamente

7. Entrevista con Esterlina Milanés realizada por Eugenia Meyer los días 29 y 30 de junio, 2, 5, 6, 7 y 18 de julio de 1979 en la ciudad de La Habana, Cuba.

tranquila. Me comentó que había dormido y descansado de maravilla; yo, por el contrario, había padecido de un insomnio total y entonces me dijo: «¿sabes?, eres la primera persona a quien he podido contar todas estas cosas. Desde que sucedieron quise borrarlas, pese a la secuela de daños físicos y morales que me acarrearón. Hoy me siento contenta y en paz de haberme desprendido de esa carga que por años llevé a cuestas».

De hecho, este testimonio ilustra y abunda sobre lo advertido por Ricœur en *La memoria, la historia, el olvido*,⁸ al ocuparse tanto de la copiosidad simultánea de la memoria, como del exceso de olvido en la cultura media contemporánea, subrayando la importancia y el compromiso de recordar. El suyo es sin duda un brillante esfuerzo por combinar «la fenomenología de la memoria, la epistemología de la historia y la hermenéutica del olvido»⁹ evitando con ello las distorsiones políticas o el soslayo colectivo de lo que más tarde se ha dado en definir como *usos* del olvido.¹⁰

Hay una necesidad de hacer memoria, de generar recuerdos, de rememorar, preservar, en busca de la trascendencia: que no me olviden, que mi vida haya tenido sentido para los otros. Como insistiera el autor francés, de hecho, todo se refiere a la «operación de adscripción». No hay acción de la memoria que

vaya en contra de la historia, ya que finalmente la memoria pertenece a los sujetos de la historia.

En consecuencia, se puede entender el olvido como memoria impedida, por una acción consciente o inconsciente y la memoria manipulada, que está imbricada con la narrativa subjetiva, siempre selectiva y, por ende, de una u otra forma se da un olvido voluntario o involuntario cuando cada quien *cuenta* su historia. También existe un olvido impuesto o la orden o comando de borrarlo, o sea el olvido institucional, como puede ser en el caso de las amnistías o en las reescrituras de procesos históricos, acordes con los tiempos y los intereses circunstanciales de la clase en el poder; a ellos corresponde el turno de construir una *nueva* historia, o versiones convenientes con las coyunturas políticas y sociales.

El historiador por su parte no puede soslayar el olvido público que va siempre a contrapelo de la represión, negación o evasión.¹¹ Aunque es obvio, como nos enseña Foucault,¹² que la represión produce inevitablemente un discurso, quizá de defensa, quizá clandestino u oculto.

En contraste, recuerdo el caso de una perseguida, torturada y víctima de la dictadura uruguaya que me otorgó su testimonio en 1982, ya liberada de la prisión militar de Punta de Rieles en donde estuvo confinada desde 1976.¹³ Aquí las

8. Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Editorial Trotta, 2003.

9. Véase, «El tiempo y el espacio de Ricœur», *Reforma*, México 29 de mayo de 2005.

10. Yosef H. Yerushalmi et al., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998.

11. Andreas Huyssen, *Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público*, INTERCOM, Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares de Comunicação, XXVII Congresso Brasileiro de Ciências de Comunicação, Porto Alegre, 30 de agosto al 3 de septiembre de 2004.

12. Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

13. Entrevista con la doctora Ofelia Fernández realizada por Eugenia Meyer los días 8, 9 y 10 de junio de 1982, en la ciudad de México, Departamento de Estudios Contemporáneos, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

circunstancias eran diferentes, porque el rescate testimonial tenía como finalidad denunciar la violación de los derechos humanos en aquel país e incidir en la opinión pública, difundiendo las condiciones de vida de las presas políticas para presionar así a la opinión internacional y alcanzar el apoyo que requería la resistencia uruguaya en el exilio.¹⁴

Ofelia Fernández, recién liberada y de paso por México, estaba dispuesta a deshacer las ataduras inconscientes de la pesadilla que había vivido recientemente para abrirse, con la intención deliberada de narrar sus experiencias como objeto de denuncia. En ningún momento pareció perturbada por el ejercicio de recordar. Tenía un objetivo claro: no olvidar u omitir detalle alguno a fin de que los demás conocieran su amarga experiencia, como la de tantas otras mujeres víctimas de la guerra sucia en Uruguay.

Al final de la entrevista, de manera llana, abierta, concluyó:

No creo que tenga una experiencia particular para transmitir al común de nuestro pueblo [...] Ya sabes que soy simplemente una más de esos miles que han pasado por las cárceles. Entonces, el proceso que viví forma parte del proceso común que nuestro pueblo se ha visto obligado a enfrentar. No viví la cárcel como un drama, ni como una cosa trágica [...] Estar aquí, hablar del pasado lo entiendo como un compromiso, de hecho y de derecho, una obligación moral muy profunda con las compañeras del penal.¹⁵

Como apunta Borges en *Funes el memorioso*: «no se trata de pensar, sino de sentir». Así, aunque el protagonista no hubiese escrito la experiencia, al haber recordado, percibido o imaginado lo acontecido, ya no se le borraba. Y el creador de ese personaje singular va más allá cuando sentencia: «pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer».¹⁶

Hay en todo sujeto una conciencia histórica, un espacio para las experiencias, un horizonte de lo que espera recordar y cómo quiere ser recordado, o sea, comprendido. Esta condición conlleva un nuevo fenómeno: el de la *historización* de la memoria.

No en balde la bellísima metáfora sobre la memoria que hace San Agustín, al insistir en que debemos imaginarla como un palacio en donde hay cámaras diversas que clasifican los recuerdos. En efecto, los seres humanos todos procedemos a albergar en ese palacio, lleno de apartados, los recuerdos, buenos o malos, y procedemos, como acción sanable, a borrar o marginar aquello que nos duele o nos hace daño.

Los recuerdos y los olvidos que conforman la memoria hablan siempre de un proceso interno que debe aliarse o enfrentarse a los esfuerzos sociales y políticos por «construir las memorias colectivas».

Esto explica la razón de ser de las efemérides nacionales, las conmemoraciones, las nomenclaturas, los monumentos. Pero más allá de lo anterior está la cuestión individual primero, social des-

14. Vid, Eugenia Meyer, «Represión y vida cotidiana en Uruguay», *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, ¿Historia Oral?, Barcelona, Universitat de Barcelona, año 1989, ps.107-133.

15. «Represión y vida cotidiana...», *op. cit.*, p. 107.

16. Jorge Luis Borges, «Funes el memorioso», en *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1996, p. 167.

pués, de reivindicar y dar sentido a nuestras vidas.

Aquello de que «mi vida es un libro abierto», o bien «valió la pena recordar para revalorar lo que he vivido», da cuenta de la importancia de construir memorias o en forma más modesta, de colaborar a fin de que éstas se preserven y trasciendan los sujetos de la historia.

La memoria finalmente no es pasiva, sino activa, dinámica, se va transformando, vamos revalorando, recuperando, marginando o seleccionando, reconstruyendo y hasta inventando nuestras historias a partir de los recuerdos. En ello radica sin duda la importancia de estimular esos recuerdos, a fin de situarlos en su justa dimensión.

El tiempo que, nos dicen con frecuencia, actúa como bálsamo mágico y todo lo cura, sirve de catalizador de la triada que constituyen la memoria individual, la personal próxima y la colectiva. Porque no podemos dejar de considerar que el tiempo es, «bajo diversas formas, de larga duración y virtual en la escritura, y es a la vez transhistórico por el concepto e histórico a través de lo vivido».¹⁷ Sin olvidar, por supuesto, que la memoria toda tiene un carácter mutante y mutable y que, al tiempo que se va transformando, establece al unísono un hilo conductor de la vida.

La historia, dicen, reconstruye; la memoria conserva y el olvido destruye. Quizá también, a la manera de Derrida podríamos pensar en la necesidad de *deconstruir* los recuerdos para construir la memoria pausada y madura, menos

pasional y quizá también menos dolorosa.

Finalmente vivimos nuestra historia como un relato al que damos forma y tiempos. Somos nosotros quienes componemos y recomponemos en forma permanente ese recuerdo, atendiendo a la situación y a las circunstancias en que nos encontramos, los traumas que vivimos en lo personal y en lo social.

La visión del individuo que ubica a su «yo» en el recuerdo, cómo se ve a sí mismo, cómo recuerda y se recuerda, establece una diferencia con el cómo lo ven o cómo lo recuerdan.

Frente a ello, persiste el peligro del olvido como amenaza de la identidad. Augé dice que hay tres figuras del olvido: retorno, suspenso y reinicio. El retorno, recupera el pasado perdido dejando de lado u olvidando el presente para ligarse al pasado distante. El suspenso hace que el presente pueda permanecer en vilo, separado del pasado y del futuro, para luego reiniciar un nuevo presente con miras al futuro. Finalmente ello nos lleva a concluir que memoria y olvido guardan una relación con la vida y la muerte.¹⁸

¿Qué hacemos los historiadores abocados al rescate de los recuerdos? De entrada nos aprestamos a intervenir en ella, para orientar o encauzar un proceso natural, a veces doloroso, otros catártico, hasta conformar una memoria estructurada. Se trata también de intuir los sentimientos y la forma de estructurar las historias personales de los sujetos entrevistados y recuperar los marcos sociales

17. Gerard Namer, «La sociología del tiempo», en *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 32, *Entre fábula y memoria*, Barcelona, Universitat de Barcelona, año 2004, 3ª época, p. 93.

18. Marc Augé, *Las formas del olvido*, Madrid, Gedisa, 1998.

de la memoria.¹⁹ Porque «La memoria es una fuerza ambivalente: puede inspirar fidelidad, resistencia, odio, intolerancia ciega. La memoria es un *pharmakon*, como dijo Platón de la escritura: medicina y veneno al mismo tiempo».²⁰

De cierta manera se *inventa* la historia. Cada entrevista es una nueva historia que obliga a pensar infinidad de cuestiones. De hecho, la persona entrevistada va fraccionando primero, diseccionando después los recuerdos de su vida, para intentar hilvanar una narrativa, no necesariamente verdadera aunque sí genuina y así darle forma y sentido a su identidad, en muchos casos vulnerada por el tiempo y las circunstancias.

En cada una de las entrevistas juega un papel determinante el tema de la risa, el del llanto y los silencios. Cada uno entendido en ocasiones como defensa o como olvido voluntario. Si, como advierte Moore, la risa es una construcción social, podríamos señalar que igual sucede con el llanto y con los silencios.²¹

Estas señales que se marcan apenas en las transcripciones dan cuenta de sentimientos y emociones. Así, como hemos señalado, el informante puede tener dificultad en recordar, le puede resultar doloroso, le sorprenden las preguntas o bien se «libera» de la carga emocional al compartir experiencias desagradables o dolorosas. El historiador avezado podrá percibir estos cambios emocionales a lo largo de la entrevista

y aprovechará la experiencia cuando haga su evaluación y análisis de la información recabada.

Porque a fin de cuentas el historiador hace un esfuerzo mayúsculo por ayudar a recordar, a reconstruir la memoria del otro, respetar sus recuerdos y sus emociones, para luego, mucho más tarde y quizá como tarea secundaria, a la luz de las demás fuentes intentar una interpretación equilibrada, que no imparcial.

La historiografía con la que arribamos al nuevo siglo da cuenta de una serie de elementos que antes no considerábamos. Por ejemplo, que los temas empiezan a parecer añejos o bien anacrónicos, que los testigos oculares ya no están presentes, muchos han muerto y otros, aunque todavía con nosotros, quizá no estén dispuestos a volver sobre sus experiencias, e incluso los testimonios que nos ofrecieron en su momento han variado en cuanto a intensidad, valoración o apreciación. Ello complica la tarea de análisis e interpretación. Sin embargo, hay que volver a las fuentes con nuevos bríos y una óptica renovada por cuanto al sentido de incursionar en una nueva forma de hacer historia a fin de integrar, en el recuento de la misma, la versión de varias generaciones, incluyendo la tradición oral, la memoria transmitida y la memoria cultural. Así quizá se pueda construir una narrativa de la memoria que nos permita reelaborar el pasado hacia una *historia pura*, tendiendo «un puente entre la experiencia vi-

19. Maurice Halbachws, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004.

20. Carlo Ginzburg, «Memoria y globalización», en *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 32, *Entre fábula y memoria*, Barcelona, Universitat de Barcelona, año 2004, 3ª época, p. 40.

21. Kate Moore, «Aspectos de la risa en la historia oral», en *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 33, *Más allá del trabajo: la risa*, Barcelona, Universitat de Barcelona, año 2005, 3ª época, ps. 27-35.

vida y la historia como ciencia»,²² y diferenciando memoria e historia de experiencia e historia.

La situación se complica cuando no reconocemos que es imposible la existencia de una *historia* impoluta, sin mácula o subjetividad, como expresión rankiana o bien tardíamente positivista, sustentada en la necesidad de narrar los hechos, históricamente, o sea aceptar el supuesto de que podemos transmitir el conocimiento de lo que sucedió, sin adosar esa información con valoraciones o interpretación alguna.

De una u otra forma llega un momento en que nosotros como escuchas, casi como espectadores atentos a la representación singular de la narración autobiográfica, o bien del acontecer social, empezamos a borrar las distancias y las diferencias entre lo que hemos captado de lo que conocemos o imaginamos, y todo se encierra en un círculo, ciertamente más mágico que virtuoso, donde la objetividad quedó arrumbada en alguna gaveta ya olvidada o despreciada por quien trata de construir historias más creíbles.

Por otra parte, el historiador tiene que asumir y reconocer que esa narrativa tiende a socializarse y, por ende, a repetirse de uno a otro de los testimonios. Esto es, se presenta una fina línea divisoria entre lo que el informante relata como su vivencia y aquello que asume como propio, luego de escucharlo repetidas veces, tornándose en memoria cultural. De allí la necesidad de poner atención y reparar en los juicios de valor, las inflexiones de voz, la emoción expresada durante el proceso de la entrevista, hitos en la construcción de las historias de vida.

En un mundo cambiante como el nuestro se presentan irremediamente nuevas preguntas a la historia. Resurge ese debatir entre el ser y el deber ser del historiador, entendido como desafío y responsabilidad de trabajar con la memoria de los otros. Quizá también la *otredad* de los recuerdos ajenos contribuya a una comprensión de los procesos y evite los espejismos de la elucubración académica como también de la tácita sofisticación de la llamada globalización del pensamiento contemporáneo.

22. Alexander Von Plato, «¿Qué pasa con la experiencia en el proceso de transición de la historia contemporánea a la historia pura?», *Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 33, *Más allá del trabajo: la risa*, Barcelona, Universitat de Barcelona, año 2005, 3ª época, p. 51.